

hechos. Para ejemplo del mundo, para su enseñanza, los hechos bastan. La historia debe ser el libro por excelencia del pueblo. La experiencia, es la gran maestra de las naciones, esos hombres superiores que viven de una sola vida, que tienen un solo espíritu, y que deben guardar en su memoria archivados sus hechos para enseñanza, para ejemplo, para que nunca se pierda el tiempo, una de las leyes divinas de la vida. La nación española había pasado del absolutismo teocrático de la casa de Austria, al absolutismo cortesano, autocrático, de la casa de Borbon. Al reinado de Felipe V el Animoso, sucedió el reinado de Fernando VI el Misántropo; y al reinado de Fernando VI el Misántropo, el reinado de Carlos III, en que el espíritu de la filosofía penetró en España con los grandes magistrados, y el espíritu teocrático salió con los expulsados jesuitas.

En pos de estos días, vino el reinado ominoso de Carlos IV. Un rey paciente, una reina orgullosa y un ambiciosísimo favorito, dispusieron á su arbitrio de nación tan grande. La impopularidad de estos tres directores del país fué tal, que el mismo príncipe de Asturias, Fernando VII, conspiró contra su padre. En su deseo de tener un aliado, escribió á Napoleón cierta carta en que le pedia protección para su política, y una mujer de la familia Bonaparte para su lecho.

«Imploro, pues, le decia, con la mayor confianza, la protección paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse á este único objeto de mis deseos.»

Pero el favorito Godoy lo ganó por la mano, sostenido como estaba por la confianza omnívota de los reyes, y franqueó la Península á los franceses para que pasasen á Portugal, á cambio de una corona, en las estipulaciones de Fontainebleau prometida. Esto irritó al príncipe, que continuaba en su conjuración. Des-

cubierta, fué arrestado, y como quiera que todos los individuos de la familia real pusieran en manos de Napoleón sus diferencias, Carlos IV escribía lo siguiente al emperador contra su propio hijo:

«Hermano mio:

«Mi hijo primogénito el heredero presuntivo de mi trono había formado el horrible designio de destronarme, y había llegado al extremo de atentar contra los días de su madre. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. *La que le llama á sucederme, debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazón y en el trono.* Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increíble maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir á V. M. I. y R., suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

Sobre lo que ruego, etc.—Carlos.—En San Lorenzo á 29 de Octubre de 1807.»

Fernando fué perdonado en un decreto dado el 5 de Noviembre de 1807, cuyo encabezamiento publicamos á continuación:

«La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habían hecho concebir unos malvados; todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escurpulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen.»

«Señor:

«Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M., pero fui sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentado la otra noche, permitiéndome besar sus reales pies á su reconocido hijo—Fernando.»

«Señora:

«Mamá mía: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo—Fernando.»

Entonces se proyectó casar á Fernando con la hija de Luciano Bonaparte, y hasta se pensó en retirar á Godoy del alto puesto que desempeñaba; pero Fernando VII se opuso, por evitar este gran dolor al corazón de sus padres. Mientras tanto los franceses penetraban á millares en España; las plazas fuertes eran tomadas por traición, como Pamplona; Murat, nombrado general en jefe del ejército invasor. Entonces se sublevó la guarnición de Aranjuez, y Carlos IV se vió obligado á separar á Godoy, hecho que comunicaba á Napoleón en la siguiente carta:

«Señor mi hermano: hacia bastante tiempo que el príncipe de la Paz me había hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimisión de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R., yo le conservaré mi gracia.»

Pero como continuaran los tumultos, Carlos IV forzosamente abdicó en su hijo Fernando. Sin embargo, según su antigua costumbre, escribía también á Napoleón Bonaparte declarando nula su abdicación, arrancada por la fuerza:

«Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultados; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposición del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.»

«Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacían conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la Reina.»

El nuevo rey Fernando VII continuó, como su padre completamente supeditado á los franceses. El 31 de Marzo de 1808, la espada que Francisco I entregó en Pavía á los españoles, fué devuelta por el caballerizo mayor marqués de Astorga con grande pompa á Murat. Después, como Napoleón pidiera que Fernando VII fuese á Bayona, Fernando fué obedeciendo sus órdenes. Desde Vitoria escribió una carta á Napoleón, mostrándose muy sentido de no haber alcanzado ninguna carta suya:

«Ruego, pues, á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situación congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufrirían con la duración de la incertidumbre. Ruego á Dios que os tengan en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su buen hermano.—Vitoria 14 de Abril de 1808.»

Por fin, en Bayona se reunieron los reyes Carlos IV, María Luisa, Fernando VII, y los infantes D. Francisco y D. Antonio de Borbon. Este último se despidió en la siguiente carta de la junta de regencia:

«Al Sr. Gil.—A la junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la dé buena. Adios, señores, hasta el valle de Josaphat. Antonio Pascual.»

En las conferencias de Bayona, Fernando VII abdicó el trono á favor de su padre Carlos IV y Carlos IV lo abdicó á favor de Napoleón, sin más condiciones que conservar íntegro el territorio, y perpetuar la unidad

religiosa del país. El emperador escribió entonces la proclama declarándose dueño de España:

«Españoles: despues de una larga agonía, vuestra nacion iba á perecer. He visto vuestros males y voy á remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mio. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos á la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de vuestra posteridad.»

Peró ¡ah! que estaba aquí el pueblo, el gran pueblo español, dispuesto á no entregarse á merced de aquel poder que parecia tan fuerte y tan incontrastable. El pueblo pensó en recabar el patrio suelo, en ganar de nuevo esta tierra querida donde reposan los huesos de nuestros padres. El Dos de Mayo fué una de las primeras y de las más elocuentes protestas. Fusilada la inerme poblacion de Madrid, no cedió. En cada uno de aquellos mártires, habia una luz nueva que señalaba su camino triunfal á nuestra patria. En los muros de Cádiz se elavaban las bombas francesas; pero de los muros de Cádiz surgia radiante aquel artículo de la Constitucion, que decia la nacion española no es patrimonio de ninguna persona ni familia. Y Zaragoza á su vez renovaba los milagros de Numancia, Geronona conserva todavía en su derruidos muros las cicatrices de aquella gran batalla, que será siempre la honra de la pátria. Bailén, Talavera, estos ilustres nombres renovaron las glorias de San Quintin y de Pavía. Cada casa era una fortaleza, cada campo un inmenso campo de batalla, cada español un soldado. El mundo entero que habia enmudecido delante de Napoleon, vió asombrado un pueblo que le combatia, un pueblo que contrastaba su poder. Los ejércitos de los reyes absolutos fueron vencidos por Napoleon, mas la primera vez que se encontró con un pueblo, el vencido fué Napoleon. Sin embargo, en los primeros momentos España sucumbia:

España sólo tenia fuerza para el padecimiento, para el sacrificio. Parecia que Napoleon habia encadenado la victoria. Fernando VII, entretanto, saludaba á Napoleon en las siguientes cartas:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle, con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos, bajo la proteccion de V. M. imperial y real.

«Mi hermano y mi tio me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser, con la más alta y respetuosa consideracion, Señor, de V. M. imperial y real, el más humilde y más obediente servidor. Fernando.—Valencey 6 de Agosto de 1809.»

(*Monitor* del 3 de Febrero de 1810.)

«Lo que ahora ocupa mi atencion, es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo acreedor de esta adopcion, que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumision y entera obediencia á sus intereses y deseos.»

(*Monitor* del 26 de Abril de 1810.)

Estaba abandonado el pueblo español, pero venció; venció en aquella guerra que espera aún su Homero, aquella guerra que es por sí misma la Iliada de nuestro tiempo. Mientras quede en el corazon de los pueblos el amor á la libertad y á la pátria; mientras presten culto á la religion del sacrificio y del martirio, este pueblo tres largos siglos dormido, que se despierta para luchar con un esfuerzo sin ejemplo; que levanta en Zaragoza y en Geronona el ideal saludado eternamente por todas las naciones oprimidas; que al mismo tiempo escribe el código inmortal de 1812, y apaga la Inquisicion, y soterra el feudalismo, y destruye el derecho divino, y levanta el altar de

la libertad y el altar de la pátria, y muestra que España no podia ser como pensára Napoleon, la Polonia del Mediodía, sino el escudo de las nacionalidades, el guerrero de la libertad y de la independencia en el mundo.

El pueblo devoraba todos estos recuerdos, y en su consecuencia la dinastía estaba ya destronada y proscripta.

Todos los años, cuando presenciamos la ceremonia en que el pueblo de Madrid recuerda el terrible holocausto de 1808 no podemos ménos de reflexionar tristemente sobre todos estos acontecimientos, llenos, henchidos de ideas que deben ilustrar á todas las generaciones. Sólo, abandonado, vendido por su aristocracia, traspasado como un rebaño por sus reyes, el pueblo español reivindicó noble, gloriosamente su independencia. Aquel grande ejemplo no ha sido todavía sobrepujado en ningun tiempo y por ningun pueblo. Especialmente se distinguieron los guerrilleros, los hombres que sin otra ciencia que su inspiracion, sin otro deseo que servir á su pátria, se lanzaban al campo, y siguiendo la antigua táctica de Viriato, congregaban á su alrededor los guerreros, sin disciplina, en pelotones, cayendo como una nube sobre el campo enemigo: hijos del pueblo que empeñaban la verdadera guerra popular.

Cuando oimos el tañido fúnebre de las campanas, el redoble de los tambores, el estruendo de las descargas, el eco de los cánticos religiosos; cuando, entre los misteriosos cipreses descubrimos la aguja piramidal, el obelisco que parece llevar al cielo el aroma exhalado por las almas de los mártires, ante nuestro pensamiento pasan aquellos hombres ilustres, que tenian el patriotismo como una religion, y el martirio como un deber; aquellos guerrilleros sin par que los griegos en la última guerra de la independencia recordaban al lado de los Temistocles y de los Milciades, y que el mismo Napoleon señalaba como un ejemplo y como una enseñanza á sus

soldados, cuando el extranjero llamaba á las puertas de Francia.

Y al poco tiempo, cuando el rey Fernando volvió, cuando parecia llegada la hora de la libertad de la nacion, del premio á sus héroes, de la honra á sus mártires ¡qué triste y terrible desengaño! Se concedian veneras de honor á los inquisidores que no habian dormido durante la guerra. Prohibíanse los periódicos cuya elocuencia y cuyo ardor habia encendido los ánimos. Se dictaban leyes de sospechosos contra los mismos defensores de la independencia. Los jesuitas vuelven á entrar en España. Mientras tanto, Mina, aquel Mina que habia renovado las glorias de Roncesvalles en los desfiladeros de Navarra, tuvo que abandonar el suelo de la patria. Porlier apellidó libertad en la Coruña. Pocos hombres podrán presentar tantos títulos á la consideracion de la patria. Habia sido de aquellos que llegaron á infundir admiracion y terror á sus mismos enemigos. Mil veces venció á los vencedores del mundo. Las piedras de los desfiladeros del Pirineo estaban regadas con su sangre. Y despues fué sepultado en la Inquisicion, conducido al cadalso, ahorcado en la Coruña; él, él, que habia sido uno de los redentores de la patria. Se instituyeron cruces para premiar á los que habian prendido á Porlier, y recayeron en muchos que nunca se habian movido de Valencey. Y un fraile fanático escribia esta blasfemia al frente de un escrito: *Triunfos recíprocos de Dios y de Fernando VII*. Estos frailes celaban á hombres como Milans, que habia derramado su sangre en Cataluña, y como Lacy, que habia defendido á Cádiz. Este último, otro de los héroes de la independencia, otro de los hombres que más sacrificios habian hecho, fué sacrificado en el castillo de Bellver. Él mismo, con rostro sereno, con voz entera, mandó el fuego que habia de cortar su vida. La tierra por él emancipada, bebió estérilmente su preciosa sangre. Valencia que habia luchado tan heroicamente con los franceses, era opri-

mida por el infame Elío, el cual mandaba preparar las túnicas de los parricidas para los presos; antes de que se viesen sus causas. El vecindario de Cádiz, á quien perdonaron las bombas francesas, se vió perseguido y diezmado por los sicarios del depotismo. Mas ¿para qué insistir? Despues de tantos heroicos sacrificios, despues de tanta sangre vertida, cuando los muros de Zaragoza y de Gerona habian enseñado á todos los pueblos que hay escudos contra la tiranía, cuando blanqueaban aún los huesos de los mártires desde las ásperas sierras del Bruch hasta las plácidas orillas de los mares de Cádiz, cuando el mundo entero creía que España jamás podria verse por extranjera gente profanada, España, que habia enseñado á los pueblos la manera única de vencer á los conquistadores, vinieron en 1823 llamados por el despotismo esos mismos franceses, á hollar las cenizas de los héroes del Dos de Mayo, á manchar los muros de Zaragoza y de Cádiz, á cubrirnos de ignominia y de vergüenza. ¡Oh! ¡patria patria! . . . »

Estos recuerdos llevaban á todos los ánimos la perfecta conviccion de que la dinastía habia sido eternamente enemiga de la pátria además de haber sido implacable con la libertad. Al propio tiempo los periódicos no dejaban de refrescar la memoria pública. Por aquellos dias de Mayo decia tambien *La Democracia*, hablando de la Corte:

«Tenemos que dar grandes noticias á nuestros lectores, recogidas todas de *La Correspondencia*, el órgano de los órganos ministeriales. Han de saber que Aranjuez se hallaba muy triste, segun noticias del diario ministerial, el sábado. Sólo se veían algunas pocas personas que andaban de aquí para allá con medio palmo de lengua fuera á causa del calor. Pero el domingo la decoracion se transforma. Segun la misma *Correspondencia*, Aranjuez se halla hermosísimo; las juguetonas auras humedecidas por el Tajo se perfuman en las acacias y las magnolias, y se lle-

nan de armonías por las cadencias que forman los surtidores de las fuentes y los acordes de las músicas. ¿Cómo ha cambiado tanto el paisaje? No lo comprendemos. Pero el periódico ministerial de los ministerios pasados, presentes y futuros, nos enseña que el domingo los ministros recibieron grandes y extraordinarias seguridades de larga vida; y cantaron los pajarillos, y se vistieron de flores los árboles, y el viejo Tajo siguió entonando su eterna canturia hácia los brazos del Océano. ¡Bendita sea la tierra donde desemboca y la ciudad libre que se mira en sus ondas, cuando se dilatan sus márgenes, y sus aguas se pierden en los abismos del mar!»

«Pero prosigamos con *La Correspondencia*. Han de saber nuestros lectores que el domingo no sólo estuvo el ministerio en Aranjuez, tambien estuvo el Padre Cirilo, el célebre arzobispo de las variaciones, que un dia llamó gavilla de perdidos á los mismos príncipes á quienes habia llamado antes majestad y altezas serenísimas. Y sigue *La Correspondencia*. Estuvo en Aranjuez á dar la comunión al rey D. Francisco de Asís. Despues que el rey hubo comulgado, sigue diciéndonos *La Correspondencia*, fué en compañía del arzobispo á tomar chocolate en San Pascual. Tambien dice *La Correspondencia* que ha llegado al sitio D. Miguel Tenorio, uno de los personajes que más asunto diera á *El Diario Español* para su célebre artículo titulado *Misterios*. *La Correspondencia* añade tambien que el sábado se verificó un milagro, segun habia declarado un cura con corona, el milagro de haberse salvado la infanta doña Eulalia por una intervencion manifiesta del cielo. Pero al dia siguiente derriba en tierra el milagro, diciendo que el cura con corona se habia engañado, y que todo ello fué que una mosca habia picado á una mula. Esta mula, que no es tan paciente como el pueblo español á quien le pican tantas moscas y no se queja, hubo de desbocarse antes de que la infanta subiera al coche. De suerte que no

sucedieron milagros en Aranjuez, donde tan buen chocolate tiene y tan ricos milagros hace Sor Patrocinio. Todo esto lo hemos copiado de *La Correspondencia*. Ella lo dice todo. Nosotros, ¡ah! nosotros no decimos nada.»

Y en otro lugar decia:

«¿Por qué hemos de hablar del Congreso? ¿Qué nos importa una tribuna donde no se levanta la voz de los oradores que valen, donde no pasan los partidos que son y pueden? Despues de todo, nada significa aquí una discusion en los Cuerpos colegisladores; nada la prensa con los torrentes de elocuencia y de ideas que arroja de su seno; nada los partidos con sus fuerzas y con su historia, y con sus sacrificios. Leed *La Correspondencia*, y vereis que importa más una procesion en San Pascual que un discurso en el Parlamento, ó el mejor artículo de un periódico, ó la mas sabia combinacion de los partidos.»

«Hace pocos dias que nos daba el periódico oficial de todos los ministerios una gran noticia, á la cual ligaba graves combinaciones políticas. El duque de Riánsares acababa de visitar á la superiora de San Pascual. Cualquiera diria que esto significa una mera atencion. Pero al convento de San Pascual no se va por meras atenciones de urbanidad; allí, entre los acordes del órgano, entre el humo del incienso, entre los cánticos de las vírgenes del Señor, cuyos últimos ecos han idealizado Zorrilla y Chateaubriand; allí, al pié del Crucifijo, se habla de futuros ministerios, y se trata de los cupones ingleses.»

«*La Correspondencia*, el periódico oficial de todos los ministerios, repetimos, ha dicho que la visita del duque de Riánsares á Sor Patrocinio es trascendental, es importantísima. Se supone que despues de una larga conferencia se ha convenido en influir para el nombramiento de un ministerio muy santo, impecable, capaz de hacer milagros, que nos encierre á todos en un convento, que arme nuestro ejército de cirios, que queme todos los libros de filosofía y los sustituya por

*La Llave de Oro*, que esté representado por la fé incomparable y el seso gravísimo de un Cándido Necedal, ese espejo del neo-catolicismo. No lo decimos nosotros, lo dice *La Correspondencia*.»

«Pues hay más, mucho más. Se ha formado una gran coalicion, una de esas coaliciones que acaso puedan decidir de la suerte de la pátria. No es la coalicion de los torys y los whigs en Inglaterra para resistir á Napoleon; ni la coalicion del partido de accion con el partido conservador en Italia para conquistar el Véneto; es algo más, es mucho más que todo eso, es la coalicion del duque de Riánsares, del Sr. D. Miguel Tenorio, de Sor Patrocinio, del Padre Claret, del arzobispo de Toledo para salvar *in extremis* esta nacion que agoniza.»

«Nosotros no queremos; nosotros no podemos decir lo que cada uno de estos personajes representa. Si quereis saber lo que representa el duque de Riánsares, leed los discursos dichos por O'Donnell y por los Conchas el año 54 en el Senado, ó las lecciones dadas por el señor ministro de doble personalidad, el señor ministro de Hacienda y Ultramar en el Ateneo. Si quereis saber lo que representa el Sr. D. Miguel Tenorio, leed todos los periódicos ministeriales de este verano, cuando el Sr. Tenorio iba de camino para Zarauz. Si quereis saber lo que significa el Padre Cirilo, acordaos de su proclama sobre la gavilla de perdidos. Si quereis saber lo que significa el Padre Claret, ahí están aún vivitos y coleando los artículos de *La Clave* y *Los Misterios*. Y por último, si quereis saber lo que Sor Patrocinio significa, hojead á á vuestro antojo cualquier coleccion de *Causas célebres*. Todos esos elementos pueden reunirse en torno de una caldera y dar un brebaje más sabroso que el de las brujas de Macbeth.»

«Atareaos, hombres políticos de España, atareaos. Ya podeis revisar la estadística, analizar las Constituciones escritas, leer la his-